

— ¿Y de aquí á entonces ?

— Dormid á pierna suela, Mr. Gerard, puesto que podéis dormir.

Dichas estas palabras con un acento que hizo temblar al honrado Mr. Gerard, Mr. Jackal volvió á montar en su carruaje, diciéndose á sí mismo :

— Á fe mía, preciso es convenir en que este hombre es un grandísimo miserable, y que si no abrigase confianza en la justicia humana, de fijo estaria ahora dándose á todos los demonios.

Después suspirando :

— ¡ Pobre diablo ! ¡ pobre fray Domingo ! murmuró : verdaderamente que él es á quien se debe compadecer. En cuanto al padre, es un viejo monómano. No me interesa nada, y puede sucederle lo que Dios quiera, sin que se me dé de él un ardite.

— ¿ Adónde quiere el señor que le llevemos ? preguntó el lacayo después de cerrar la portezuela.

Á casa.

— ¿ Prefiere el señor pasar por una barrera determinada, ó le es indiferente el ir por una calle ó por otra ?

— Si tal, entraréis por la barrera Vaugirard, pasaréis por la calle de Fers. Hace un sol magnífico y quiero asegurarme de si ese lazzaroni de Salvador está allí con sus cordeles. No sé por qué se me figura que ese tunante nos ha de dar que hacer en el negocio Sarranti.

Andad.

Y el coche partió al galope.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN LO QUE PIENSAN ORDINARIAMENTE TRES GORAZONES DE VEINTICINCO AÑOS.

Abandonemos por un momento toda la parte de nuestra relación que haga referencia á Justino, á Mina, al general Le Bastard, á Domingo, á Mr. Sarranti, á Mr. Jackal y á Mr. Gerard, y dando media vuelta entremos en el taller de ese mohicano del arte, á quien conocemos bajo el nombre de Petrus.

Era el día siguiente ó al otro de la visita de Mr. Jackal á Mr. Gerard, porque se comprenderá fácilmente que con cerca de un día de intervalo nos es imposible relatar positivamente á nuestros lectores el orden cronológico de los sucesos.

Serian las diez y media de la mañana. Petrus, Ludovico y Juan Robert estaban sentados, Petrus en una otomana, Ludovico en una butaca á lo Rubens, y Juan Robert en un inmenso Voltaire.

Cada uno tenía al alcance de su mano una taza de té más ó menos llena, y en el centro del taller, una mesa, medio servida aún, indicaba que el té que entonces estaban tomando era una especie de digestivo para el sustancioso almuerzo que acababan de despachar.

Un manuscrito escrito en líneas desiguales, en verso por consecuencia, cuyos cinco actos separados y esparcidos por el suelo, á la derecha de Juan Robert, indicaban que el poeta acababa de leer uno después de otro los actos tirados en el suelo.

Hacia unos diez minutos el quinto había ido á unirse á sus compañeros.

Estos cinco actos tenían por título *Güelfos y Gibelinos*.

Antes de leerlos al director del teatro de la Puerta de San Martín, para el que esperaba obtener autorización para representar una obra en verso, Juan Robert había leído su obra á sus amigos.

La obra había obtenido un inmenso éxito entre Ludovico y Petrus.

Artistas ambos, habían tomado un inmenso interés por aquella figura sombría del Dante, joven aún, manejando la espada como manejaba la pluma, y que se desarrollaba maravillosamente en medio de las grandes luchas del arte, del amor y de la guerra.

Enamorados ambos habían escuchado aquella obra de otro enamorado con los oídos del corazón; Ludovico pensando aún en su amor en capullo, Petrus respirando su amor en flor.

La dulce voz de Beatriz había resonado en sus oídos; y todos tres después de haberse abrazado fraternalmente, se habían sentado y meditaban en silencio. Juan Robert soñando con la Beatriz de Marande; Petrus en la Beatriz de

Lamothe-Houdon, y Ludovico en la Beatriz Rosa de Noel.

Beatriz no era una mujer, era una estrella.

Es propio de las grandes obras hacer soñar á las almas grandes y fuertes: sólo que, según sus disposiciones, unas sueñan con su pasado, otras con su presente y otras con su porvenir.

Juan Robert fué el primero que rompió el silencio.

— Antes de todo, dijo, os doy gracias por los elogios que acabáis de tributarme. No sé, Petrus, si esto será para tí un cuadro como es para mí un drama: cuando imagino uno, que el asunto aparezca ó no, que las escenas se coordinen ó no entre sí, que mi mente arregle los actos ó dejen de arreglarse, aun cuando mis amigos me digan que mi drama es malo, no los creeré. Cuando ya está hecho, cuando he pasado tres meses en componerlo, uno en escribirlo, preciso es que mis amigos me digan que es bueno para que yo lo crea así.

— Pues bien, dijo Petrus, lo que á tí te pasa con tus dramas, me pasa á mí con mis cuadros. Cuando el lienzo está aún en blanco, son Rafaeles, Rubens, Van-Dicks, Murillos, Velázquez; cuando ya están pintados son Petrus, es decir, partuchos que su autor estima medianamente. Qué quieres, amigo mío, es la diferencia que hay entre el idealismo y la realidad.

— Yo, dijo Ludovico, lo que encuentro adorable en tu drama es la figura de Beatriz.

— ¿De veras? dijo Juan Robert sonriendo.

— ¿Qué edad la supones? ¿Será una niña?

— La supongo catorce años, aun cuando la historia dice que murió á los diez.

— La historia es una tonta, dijo Ludovico, y esta vez ha mentido como siempre: una niña de diez años no hu-

biera dejado tan profunda y luminosa huella en el corazón del Dante. Soy de tu opinión, Juan Robert; Beatriz debía tener lo menos catorce años. Es la edad de Julieta; es la edad á que se ama, la edad á que se puede empezar á ser amada.

— Así, querido Ludovico, ¿quieres que te diga una cosa?

— ¿Cuál? respondió Ludovico.

— Que esperaba que á ti, hombre positivo, hombre de ciencia, espíritu materialista, en fin, lo que más te llamaría la atención en mi drama sería el estudio de la Italia en el siglo XIII, sería la verdad de las costumbres, la exposición de la política florentina. Y sin embargo, no ha sucedido así. Lo que te confunde es el amor del Dante hacia una niña; sigues con avidez el desenvolvimiento de este amor y la influencia que ejerce en la vida de mi héroe; lo que más te interesa es la catástrofe que arrebató Beatriz al Dante.

No te conozco, Ludovico; ¿acaso estarás enamorado?

Ludovico se ruborizó hasta en el blanco de los ojos.

— Á fe mía que lo está, exclamó Petrus; míralo.

Ludovico se echó á reír.

— Y aunque lo estuviera, dijo, ¿qué me podríais echar en cara?

— No seré yo, dijo Petrus; al contrario.

— Ni yo tampoco, dijo Juan Robert.

— Solamente te diré, mi querido Ludovico, replicó Petrus, que has hecho mal en guardar secreto con personas que no los tienen para ti.

— ¡Oh!; Dios mío! dijo Ludovico, el secreto, si secreto hay aquí, apenas he tenido tiempo de confiármelo á mí mismo; y siendo así, ¿cómo queríais que os lo confesara á vosotros?

— Sea en buen hora; estás disculpado, dijo Petrus.

— Y además, dijo Juan Robert, acaso sea una persona que no pueda nombrar.

— Decirnos á nosotros quién es, no es decirlo.

— Además, dijo Ludovico, os juro que no estoy bien seguro todavía de qué manera amo á la mujer á quien amo; no sé si es como á una hermana ó como á una amante.

— ¡Oh! dijo Juan Robert, así es como debutan todas las grandes pasiones.

— Vamos, dijo Petrus, confiesa, mal que te pese, que estás enamorado perdido.

— Es posible, dijo sencillamente Ludovico; y sobre todo, en este momento Petrus me acaba de abrir los ojos; tus versos, Juan Robert, me han abierto los oídos, y no me admiraré si mañana cojo un pincel para ensayar hacer su retrato, ó cojo una pluma para escribir un madrigal. ¡Oh! Dios mío, es la eterna historia del amor que se toma por una fábula, por una leyenda, por una novela, en tanto que no la leemos con enamorados ojos. ¿Qué es la filosofía, qué el arte, qué la ciencia? Al lado del amor, ciencia, filosofía y arte no son más que formas de lo bello, de lo verdadero, de lo grande; luego lo bello, lo verdadero y lo grande es el amor.

— ¡Bien! ¡bravo! Sea enhorabuena; cuando se cae, vale más caer del todo!

— ¿Y se puede saber, preguntó Petrus, cuál es el rayo de sol que te ha hecho salir de tu crisálida, bella mariposa?

— ¡Oh! sí, sin duda que lo sabréis, amigos míos, pero el nombre, como la imagen, como la persona misma, se hallan todavía escondidos entre los más misteriosos arcanos

de mi corazón ; necesito del secreto todavía. ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! descuidad, llegará un momento en que mi secreto irá por sí mismo á llamar á vuestro corazón para pedirnos hospitalidad.

Los dos amigos sonrieron y alargaron al par sus manos á Ludovico.

Después Juan Robert se inclinó, recogió los cinco actos y los enrolló.

En este momento el criado de Petrus entró anunciando que el general Herbel estaba abajo.

— ¡ Que suba ! ¡ que suba, mi querido tío ! dijo Petrus precipitándose hacia la puerta.

— El señor conde ha entrado en las cuadras, diciéndome que no incomodase...

— ¡ Petrus !... dijeron los dos amigos, cogiendo sus sombreros y preparándose para marchar.

— No, no, dijo Petrus, mi tío gusta de los jóvenes, y á vosotros en particular os quiere.

— Es posible, dijo Ludovico, y le estoy agradecido por su afecto que me dispensa, pero son las once y media, y á las doce tiene Juan Robert que leer su obra en la Puerta de San Martín.

— Eso será motivo para Juan Robert, pero tú ninguna necesidad tienes de marcharte á estas horas.

— Te pido mil perdones : tu taller es encantador, grande, suficientemente ventilado para enamorados como vosotros, que lo estáis ya hace seis meses ó un año. Pero para el que lo está hace sólo tres días es inhabitable. Así pues, amigo mío, adiós ; voy á pasearme por el bosque, ahora que el lobo no aparece por ellos.

— Vamos, en marcha señor Cupido, dijo Juan Robert cogiendo el brazo de Ludovico.

— Adiós pues, amigos, dijo Petrus con un ligero acento de tristeza.

— ¿ Qué tienes ? preguntó Juan Robert, que menos preocupado que Ludovico, observó aquel acento.

— ¡ Yo ! nada.

— Si tal.

— Nada positivo al menos.

— Vaya, dínoslo.

— ¿ Qué quieres que te diga ? Al anuncio de la visita de mi tío, he visto algo amenazador por el aire. Ese amado tío me viene á ver raras veces, y experimento cierta inquietud cada vez que me anuncia una visita suya.

— ¡ Diablo ! dijo Ludovico, si eso es así, me quedo ; te serviré de pantalla.

— No : mi verdadera pantalla es el afecto que mi tío me profesa. Mi temor es absurdo y mis presentimientos hasta de sentido común carecen.

— Hasta esta noche, pues, ó hasta mañana á más tardar, dijo Ludovico.

— Y yo hasta más pronto : volveré á decirte el resultado de mi lectura.

Los dos jóvenes se despidieron de Petrus, y al llegar á la puerta, Juan Robert montó en su tilbury, ofreciendo á Ludovico dejarle donde quisiera.

Pero éste rehusó diciendo necesitaba ir á pie.

Y en efecto, en tanto que Juan Robert tornaba por la plaza del Observatorio, Ludovico seguía los boulevares hasta la barrera del Infierno, y se dirigió pensativo hacia el bosque de Verriere, donde le dejaremos solo, pues que parece en este momento buscar con particular placer la sombra y la soledad.

CAPÍTULO II.

EL TÍO Y EL SOBRINO.

Volvamos á Petrus, ó más bien á su tío.

El general Herbel visitaba rara vez á su sobrino ; pero preciso es decir también que no venía nunca sin traerle entre los pliegues de su capa, bajo una forma cualquiera, un pequeño sermón.

Hacia ya cinco ó seis meses que el general no había venido á hacer ninguna visita á su sobrino, es decir, desde la época en que se había verificado tan gran cambio en la existencia de Petrus. Así que, al entrar en casa de su sobrino debía pasar de la sorpresa á la admiración, y de ésta á la estupefacción.

La última vez que había venido había encontrado la casa en el mismo estado en que estaba antes de su primera visita, es decir, una casita propia, limpia, arreglada y adecuada á un joven soltero que no tenía más que una mediana fortuna.

En aquel barrio de París, rodeado de árboles por todos lados, aquella casita parecía más bien una de las cabañas que habitan los aldeanos que una casa de París.

Pero sencilla y limpia, aislada y casi desierta, era á los ojos del general el más seguro abrigo, el retiro más tranquilo que se pudiera desear para un trabajador.

La primera cosa que llamó la atención del conde Herbel y que le sorprendió al verla, fué, una vez pasada la

puerta recientemente pintada, ver á un criado con la misma librea que los suyos ; es decir, con los colores de Courtenay, que se presentó ante él y le preguntó :

— ¿ Qué queréis, caballero ?

— ¡ Cómo qué es lo que quiero, bribón ! dijo el conde mirándole de los pies á la cabeza, deseo ver á mi sobrino, puesto que he venido para eso.

— ¡ Ah ! ¿ según eso sois el general conde Herbel ? dijo el criado saludando.

— Ya se ve que soy el general conde Herbel, repitió el general con tono burlón, puesto que vengo á ver á mi sobrino, y éste no tiene, que yo sepa, otro tío más que yo.

— Voy á avisarle, caballero.

— ¿ Está solo ? preguntó el general calándose su lente para mirar el patio cuadrado.

— No, señor conde, no está solo.

— ¿ Hay alguna mujer ? dijo el general.

— No, caballero.

— ¿ Pues quién está con él ?

— Sus dos amigos Mrs. Juan Robert y Ludovico.

— Bueno ; avisadle que estoy aquí, subiré en seguida : voy á dar una vuelta para ver la casa, pues me parece encantadora.

— Con vuestro permiso, dijo el criado.

Éste subió en busca de Petrus, como ya hemos visto

Una vez sólo, el general pudo ver y examinar á su placer los diversos cambios y mejoras que habían tenido la casa y patio de su sobrino, ó mejor dicho, habitada por su sobrino.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo el casero de Petrus, parece que ha hecho importantes mejoras en esta bicoca : aquí un pe-

queño parterre de flores raras... una pajarera con cotorras verdes, patos y cisnes negros en este pequeño estanque, cuadras y guadarnés. Á fe mía que estos arneses me parecen de muy buen gusto.

Y como conocedor que era, se aproximó á ellos y los estuvo observando detenidamente.

— ¡ Ah ! ; ah ! dijo, ¡ las armas de Courtenay ! Parece que estos arneses son de mi sobrino. ¿ Tendrá tal vez algún tío á quien yo no conozca y habrá heredado á ese tío ?

Hablando así consigo mismo, el rostro del general parecía más sorprendido que fastidiado, más admirado que pensativo ; pero después de haber entrado en la cochera y haber visto un elegante cupé de Bender ; después de haber entrado en la cuadra y haber pasado la mano por el lomo á dos magníficos caballos comprados sin duda alguna en casa de Drake, el rostro del general se cubrió de una indefinible expresión de tristeza.

— Magníficas bestias, murmuró acariciando los caballos : hé aquí un tiro que vale seis mil francos lo menos. ¿ Pero es posible que estos caballos pertenezcan á un pobre diablo de pintor que apenas gana diez mil francos por año ?

Y el general, creyéndose engañado por las armas de los arneses, fué á mirar las armas del carruaje.

Eran, pardiez, las mismas armas de Courtenay, sobre las cuales campeaba una corona de barón.

— Esto es, esto es, murmuró ; yo conde ; el corsario de su padre, vizconde ; él barón.

Mucho es que se ha contentado con la corona de barón y no ha adoptado la corona cerrada ó cubierta.

Y en resumidas cuentas, añadió, si la hubiera adoptado, derecho tenía para ello, pues que nuestros abuelos han reinado.

Dirigiendo después una postrer mirada á los caballos, arneses, pajarera, estanque, invernadero y patio, sobre el cual se deslizaban sus pies como sobre una alfombra, subió la escalera que conducía al cuarto de su sobrino.

Llegado al primer piso se detuvo y pasó la mano por los ojos como para enjugar una lágrima.

— ¡ Pobre Pedro mio ! ¿ Se habrá vuelto tu hijo un mal hombre ?

Pedro era el hermano del conde Herbel, al que en sus ratos de bueno ó de mal humor calificaba con el título de jacobino, pirata y corsario.

En el momento en que el conde Herbel acababa de pronunciar las anteriores palabras, y en que enjugaba clandestinamente la lágrima que las había acompañado, oyó bajar rápidamente la escalera que conducía del segundo al primer piso, en tanto que un alegre acento, la voz de su sobrino, decía :

— Buenos días, tío ; muy buenos días, mi querido tío ; ¿ por qué no subís ?

— Buenos días, mi señor sobrino, respondió secamente el conde Herbel.

— ¡ Oh ! ; oh ! cómo saludáis, tío, dijo el joven admirado.

— ¿ Qué quieres ? lo digo como lo siento, dijo el general cogiéndose á la baranda y empezando de nuevo á subir la escalera.

Después, sin añadir una palabra, entró, escogió con una mirada el mejor sillón y se sentó lanzando un *uf* de mal augurio.

— Vamos, vamos, murmuró Petrus, no me había engañado.

Y acercándose al general añadió :

— Permittedme os diga, querido tío, que parece no estáis de muy buen humor esta mañana.

— Ciertamente que no estoy de muy buen humor, pero al estar así estoy en mi derecho.

— Lejos de mí el disputároslo, mi querido tío, y demasiado conozco vuestra igualdad de carácter para explicarme á mi mismo que si estáis de mal humor no será sin motivo.

— Y dices bien, mi querido sobrino.

— ¿Habéis recibido al amanecer alguna desagradable visita.

— No, pero he recibido una carta que me ha causado pena, Petrus.

— Estoy seguro, apostaba que habrá sido una carta de la marquesa de la Tournelle.

— Ese tono, Petrus, es inconveniente, y en este momento me permitirás te recuerde que faltas al respeto á dos ancianos.

— Petrus, que se había sentado, se levantó de pronto, como si un resorte oculto hubiera estirado sus piernas.

— Perdonadme, tío mío, dijo; me espantáis, pues no estoy acostumbrado á oiros hablarme con tal dureza.

— Es que nunca, Petrus, he tenido tampoco que reñirte tan seriamente como lo voy á hacer hoy.

Creed, tío, que estoy pronto á escucharos con la sumisión que os debo, y sobre todo con el pesar de haberlo merecido, porque desde el momento en que regañáis calculo que habré dado motivo para ello.

— Juzgarás por ti mismo: escuchame seriamente cómo yo voy á hablarte.

— Y os escucho.

El general hizo seña á su sobrino de que volviera á sen-

tarse, pero éste por medio de otra señal le pidió permiso para estar en pie.

Aguardó pues la acusación en la postura y actitud del criminal ante su juez.

CAPÍTULO III.

DONDE PETRUS VE QUE SUS PRESENTIMIENTOS NO LE HABÍAN ENGAÑADO.

El conde Herbel se acomodó lo mejor que pudo en su sillón, porque el viejo sibarita gustaba de estar cómodo aun para moralizar.

Petrus le miraba con cierta inquietud.

El conde Herbel sacó su tabaquera del bolsillo, aspiró voluptuosamente un regular polvo de rapé de España, dió unos cuantos papirotazos en su chaleco para limpiar de él los olorosos átomos, y cambiando completamente de tono y de modales empezó:

— Y bien, querido sobrino, ¿á lo que parece hemos seguido los consejos de nuestro buen tío?

La sonrisa había vuelto á los labios de Petrus, que había acomodado su rostro á las circunstancias.

— ¿Qué consejos? mi querido tío, preguntó.

— Aquellos...

— ¿Cuáles?

— Los que te dí...

— No recuerdo...

— ¡Torpe!... los que te dí respecto á Mad. de Mandande.

— ¿De Mad. de Marande?

— Sí.

Petrus se encogió de hombros.

— ¿No aciertas?

— Os juro, tío, que no sé lo que me queréis decir.

— ¿Eres discreto, pícaro? ¡Bien, muchacho, bien!...

Aunque en mi tiempo esa virtud no fué nunca practicada, ni aun por mí, no me disgusta el verla practicar por otros.

— Tío, os juro...

— Basta de juramentos.

— Bien... pero...

El general hizo una seña y Petrus calló.

— En nuestro tiempo, continuó, después de un breve espacio, cuando un joven noble que llevaba un gran nombre, tenía la desgracia de ser segundón de una familia, es decir, la de no tener un cuarto, si era un buen mozo, bien formado, elegante y de buenos modales, sacaba partido de estas dotes. Preciso es cuando la fortuna ha sido avara y la naturaleza pródiga, utilizar los dones de esta última.

— Querido tío, os confieso que cada vez os entiendo menos.

— Será porque eres dos veces torpe.

— Y tres si vos queréis.

— Cuidado, señor sobrino.

— No hay de qué, querido tío.

— Pues qué, ¿me quieres tú hacer creer que no has visto representar la *Escuela de los provincianos*?

— Sí que la he visto.

— ¿Y no has aplaudido al marqués de Moncada?

— He aplaudido al actor, porque Armando representa muy bien ese papel; pero de ningún modo he aplaudido á su autor.

— En verdad que eres prudente, mi querido sobrino.

— No tal, tío; pero entre ser prudente y admitir que un hombre pueda recibir dinero de una mujer...

— ¡Bah! ¡bah!... amiguito, cuando uno es pobre por si mismo y la mujer es rica como Mad. de Marande ó Mad. Rapt.

— ¡Tío! exclamó Petrus levantándose.

— Despacio .. despacio, y no nos exaltemos tan pronto.

— No me exalto, pero...

— No hablemos más de ello: ya sé que ahora no está eso en moda, pues que las modas cambian. Pero ¡qué quieres! hace cuatro meses te dejo en tu taller adornado con tus cuadros y tus bocetos, y en un pequeño cuartito que te cuidaba la portera, decorada fastuosamente con el título de ama de llaves. Limpiábame los pies á tu puerta en un felpudo no muy nuevo y te veía dirigirte tranquilamente á pie hacia el barrio Latino para comer por veintidós sueldos en casa de Flicoteau. Entonces me decía yo á mi mismo: mi sobrino es un pobre diablo de pintor que gana cuatro ó cinco mil francos con su pincel, que no quiere contraer deudas, que no quiere ser una carga para su pobre padre: mi sobrino es un buen muchacho, pero tonto. En consecuencia es menester que yo le dé el buen consejo á mi sobrino que Mr. de Lauzun dió al suyo. Y le dije: muchacho, eres buen mozo, eres elegante; hé ahí una princesa. No se llama la duquesa de Berry, no es hija del regente, pero nada en millones.

— Tío.

— Vamos despacio.

— ¡Oh! qué calma...

— Vuelvo y encuentro transformado en jardín el patio, y en medio del jardín un hermoso parterre de flores raras;

una pajarera con pájaros de la India, de la China y de la California. Caballos en las cuadras que valen lo menos seis mil francos y arneses con las armas de Courtenay. ¡ Oh ! ¡ oh ! Subo alegre y gozoso diciendo para mí : Y bien, mi sobrino es un hombre de chispa, lo cual algunas veces vale más que ser hombre de talento ; veo tapices y alfombras en el último piso, un taller como el de Gros ó el de Horacio Vernet y me vuelvo á decir : vamos, esto marcha, y marcha bien.

— Estoy desesperado al ver, tío, que estáis completamente equivocado.

— Entonces todo va mal.

— ¿ Por qué ?

— Porque no has seguido mi consejo.

— No, tío ; sólo os suplico que creáis que soy demasiado orgulloso para deber este lujo, por el cual habéis tenido la bondad de felicitarme, á otra cosa que á mis propios recursos.

— ¡ Ah ! ¡ diablo ! ya comprendo.

— ¿ El qué ?

— De dónde proviene esto.

— ¿ Adivináis ?

— Pues no...

— Veamos...

— ¡ Te han encargado un cuadro y te lo han pagado adelantado ?

— No, tío.

— ¿ Te han encargado decorar la rotunda de la Magdalena ?

— No tío.

— ¿ Tampoco ?

— Tampoco.

— Entonces has sido nombrado pintor ordinario de S. M. el emperador de Rusia con cincuenta mil francos de sueldo.

— Tampoco, tío.

— ¿ Conque no es esto ?

— No.

— No lo comprendo.

Petrus calló.

— Si, ya lo comprendo.

Petrus le miró.

— Si ninguna de esas tres cosas es...

Petrus hizo un movimiento negativo con la cabeza.

— Entonces... continuó el general.

— Entonces... repitió Petrus.

— Entonces, tienes deudas.

Petrus se puso más encarnado que una amapola.

— Has dado créditos al guarnicionero, al maestro de coches, al tapicero, y como tú les has dado esos créditos bajo el nombre de barón Herbel de Courtenay, y te conocen por mi sobrino, te han fiado.

Petrus bajó la cabeza.

— Sólo que tú debes comprender, continuó el conde, que cuando todas esas gentes se presenten en mi casa con sus créditos les diré :

— ¡ Barón Herbel !... No le conozco.

— Descuidad, tío, dijo Petrus, nadie irá á vuestra casa á incomodaros.

— ¿ Pues adónde irán ?

— Aquí, á mi casa.

— ¿ Y estamos en disposición de pagar cuando se presenten ?

— Trataré de estarlo.

— ¿Tratarás?... pasando la mitad del día en el bosque de Boulogne para encontrar á la condesa Rappt ; pasando la noche en la Ópera ú en los Bouffes para saludar de lejos á la condesa Rappt ; pasando todas las noches de baile para estrechar la mano de la condesa Rappt.

— ¡ Tío !...

— ¡ Oh ! es difícil y aun duro escuchar la verdad, ¿ no es cierto ? La oirás sin embargo.

— Tío, dijo orgullosamente Petrus ; desde el momento en que nada os pido...

— Pardiez, eso es precisamente lo que me inquieta, el que nada me pidas.

Desde el momento en que nada me pides ni á mi ni á tu querida, y que gastas de treinta á cuarenta mil francos al año, es porque pides al pirata de tu padre.

— Es cierto, y debo deciros, mi querido tío, que el pirata de mi padre no solamente no me niega nada, sino que hasta me libra de moralidades importunas.

— ¿ Eso quiere decir que me lo presentas como modelo ? Sea ; trataré de no serte más molesto que él. Sólo te diré por qué estaba de mal humor cuando entré y por qué te he hablado un poco duramente al principio.

— No me debéis explicación ninguna.

— Si tal, porque tienes razón desde el momento en que nada me pides.

— Vuestra amistad siempre, tío.

— Está bien, y puesto que tú continúas dispensándome la tuya, preciso es que te diga la causa de mi mal humor.

— Escuchó, tío.

— ¿ Conoces ?...

— ¿ Á quién ?

— Lo mismo da que lo conozcas ó no ; te voy á contar una historia. Llamaremos al héroe... ***

El general guardó silencio por un momento, y luego continuó :

— Escucha, y comprenderás la causa de mi mal humor.

Un valiente obrero de Lyon vino á Paris hará unos treinta años, á pie, sin un cuarto en el bolsillo, sin zapatos y sin camisa. Á fuerza de miseria y de paciencia, al cabo de cinco años llegó á ocupar la plaza de jefe de una hilandería con tres mil francos de sueldo. Ya es rico, ¿ no es verdad ? Un hombre que ha llegado á Paris sin zapatos y que llega á tener tres mil francos de sueldo es un hombre rico, porque rico es aquel á quien el trabajo libra de las pasiones, necesidades ó caprichos de su temperamento ó de su imaginación. Sólo que al cabo de dos años de vivir en Paris, su mujer le ha dado un hijo, muriendo después.

¿ Qué haré de este hijo ? preguntó el padre cuando el niño tuvo quince años.

No hay para qué decir que ni un solo instante se le ocurrió la idea de hacer de su hijo un obrero como él. Además, ya sabéis que se me acusa en alto grado de ser jacobino, y debo decir que este orgullo bien tenido, que ese orgullo paternal que consiste en educar á un hijo fuera de la esfera de su padre, es una idea de la revolución de 1789, y que si ésta no hubiera tenido más que ideas de esta especie, yo no la aborrecería.

Pues bien, este padre se dijo : he trabajado y remado durante toda mi vida : he sufrido como un miserable : es preciso que mi hijo no sufra como yo. De los tres mil francos de sueldo que tengo, destinaré mil quinientos á la educación de mi hijo : acabada su educación será lo que se le

antoje : médico, abogado, artista, poco importa lo que sea, con tal que sea alguna cosa.

Á consecuencia de esto puso á su hijo en uno de los primeros colegios de París.

El padre vivió con los mil y quinientos francos que le quedaban..... pero no con los mil y quinientos..... con mil..... porque ya conocerás que los vestidos y algún dinero que daba á su hijo le costaban bien los quinientos francos.

— ¿ Me escuchas, Petrus ?

— Con la mayor atención, tío, aunque no comprendo adónde queréis ir á parar.

— Dentro de poco lo sabrás ; pero sigue con atención mi relato.

El conde sacó su tabaquera del bolsillo, y Petrus se dispuso á no perder una palabra de lo que su tío iba á decir, como no la había perdido de cuanto había dicho.

CAPÍTULO IV.

DONDE SE PRUEBA QUE HAY MÁS SEMEJANZA QUE LA QUE PARECE ENTRE LOS MERCADERES DE MÚSICA Y LOS MERCADERES DE CUADROS.

El conde Herbel aspiró voluptuosamente su polvo de rapé, hizo desaparecer hasta la más pequeña partícula del que había caído en su pechera y continuó :

— Puso pues á su hijo en uno de los primeros colegios de París ; y además de la educación dada en éste, le puso y costeó maestros de alemán, inglés, música, de modo que

el gasto anual en vez de subir á dos mil francos, subió á dos mil y quinientos.

El padre vivió con los quinientos restantes : ¿ qué le importaba el alimento físico siempre que su hijo recibiera en abundancia el alimento moral ?

El joven, bien que mal, pasó sus cursos : era bastante buen estudiante, y el padre aspiraba como recompensa de sus sacrificios todos los elogios que llegaban á él respecto al asiduo trabajo, á la buena conducta y á los progresos de su hijo.

Salió del colegio á los diez y ocho años, sabiendo un poco de griego, un poco de latín, un poco de alemán y un poco de inglés.

Observa bien que sólo sabía un poco, y que éste poco había costado á su padre quince mil francos ; por donde conocerás que un poco no es bastante.

En cambio, preciso es decirlo, había hecho grandes progresos en el piano, de modo que cuando su padre le preguntó qué quería ser, respondió resueltamente :

— Músico.

El padre no sabía muy bien qué era un músico. El artista representado por estas palabras se le aparecía dando conciertos al aire libre con un arpa, un violín ó una flauta.

Peró esto le importaba poco ; el hijo quería ser músico, y tenía derecho para elegir su carrera.

Preguntóle dónde quería continuar sus estudios musicales.

El muchacho contestó designando al primer pianista de la época.

Con gran trabajo el maestro consintió en darle tres lecciones por semana.

El precio convenido fué diez francos por lección.